

# Conversación con las bailarinas del ballet “Balca”

Andrés Gallardo

Los sufridos habitantes de este siglo ya se entregaron y están dispuestos a aceptar cualquier cosa de esa curiosa muchedumbre llamada los artistas. Ya los pintores pueden pintar sus cuadros a patadas; ya los poetas pueden untar sus poemas en estricnina o en mermelada y escribirlos de abajo para arriba o en círculos y colgarlos cintitas de colores; ya los escultores pueden hacer figuras que nadie sabe lo que representan; ya los músicos pueden tocar serruchos y dar conciertos de risas o de pitos de árbitro. Los sufridos habitantes arriba mencionados ya no ponen el grito en el cielo; hasta son capaces de no hacerles caso y ponerse a leer *La pequeña Lulú* o concentrarse en Hogar dulce hogar. Pero que una bailarina se saque los tulcitos vaporosos resulta espeluznante. Si un grupo de bailarinas baila sobre el maicillo del parque Forestal en vez de sobre el verde césped de alguna amena pradera de utilidad y vestida de la Sonia o de la Liliana (por ejemplo), un caballero que va pasando llama a los carabineros y el carabinero procedería gustoso si no temiera por su ascenso.

Las integrantes del BALCA (Ballet de Cámara) son jóvenes y obsesivamente normales. Pertenecen a la estimable cla-

se de las lolas mayores. La conversación parte y termina sin la menor tensión; ni siquiera es necesario guiarla. Sólo persiste el regusto del exquisito Diccionario de la Real Academia de la Lengua que nos recomienda decir *bailete* (más castizo) en vez de *ballet* (barbarismo).

Lo primero que debe quedar en claro —y queda— es que en Chile casi nadie ha visto ballet, que no existe una cultura del baile entre nosotros. (Hasta se aventuran hipótesis raciales, climáticas y alimenticias, pero más que nada para entretenerse un poco). Sin embargo, todos tienen sus prejuicios, todos tienen una imagen más o menos similar de lo que debe ser una bailarina y de lo que debe ser ballet y exigen sus imágenes cada vez que pueden. Es difícil, insisten todas, se pelean por contarlos, convencer a la gente de que una bailarina es una persona común y corriente. Yo lo dudo un poco, pero me quedo callado. A lo más postulo que son comunes y corrientes, pero una vez por todas hay que preguntar qué significa ser bailarina, qué significa bailar. De nuevo se pelean —es una manera de decir— para explicar que simplemente es un modo de expresión. Unos hablan, otros pintan, otros hacen

música, ellas bailan. Es un lenguaje, una nueva (para mí) manera de comunicarse. Concordamos en que está llena de posibilidades maravillosas, porque es la persona entera la que realiza esa cosa misteriosa que es la comunicación. Ahí agregan una cosa que deja saltón y escéptico: aseguran que cualquier persona puede expresarse entera en el ballet, con todo su cuerpo, con sus piernas flacas o gordas, con su cintura de avispa o de huevo, con su cojera o con su joroba o con su simple pie plano. Se acabó el tutú<sup>1</sup>, gritarían si tuvieran vocación panfletaria. Pero no: se conforman con ir a los liceos, a los centros de madres, a los clubes de barrio a bailar tal cual y a que bailen los demás. Ya están acostumbradas a las decepciones. Da gusto conversar con estas bailarinas que no intelectualizan las cosas porque se comunican con todo lo que Dios les dio y no de los hombros para arriba ni de la cintura para abajo solamente. Estas bailarinas no hacen ningún esfuerzo por ser naturales. Les parece natural también que cualquier persona tenga la posibilidad de danzar y lo creen sin dudas, pero no son tontas. Insisten en que aquí no existe ninguna tradición en ballet y que lo que hay es descaradamente foráneo; como reacción ellas buscan lo propio en los mismos lugares a donde van a dar y recibir y en las más simples circunstancias, como las micros, la vega, los juegos tradicionales (anotan que el folklore es otra cosa), en la calle, pero sin renunciar a lo que pueda venir de afuera. En segundo lugar, saben también que el ballet es un espectáculo y hacen espectáculo; llevan funciones a donde se lo pidan y seguro que no

---

<sup>1</sup> El tutú es esa pollerita de tul y vuelos arrepollados que todos postulamos en una bailarina.

cobran, porque ganan un sueldo en el Instituto del cual dependen. Se saben profesionales y tienen la ventaja de que les encanta su trabajo. Su espectáculo tiende a borrar lo más posible la frontera con el espectador; alguna vez alguien se ha atrevido a hacer sus pasitos con ellas. Ellas se lo agradecen. Las funciones constan de algunas coreografías y de improvisaciones. Son interesantísimas. Se hacen con música, con el ritmo de las palmas de las manos o en el silencio del ambiente. Las improvisaciones son improvisaciones hasta cierto punto, pues son producto de un trabajo hartamente duro, según me consta, y de una larga lucha por establecer la vital coherencia del grupo. Hay un ejercicio interesante, que consiste en buscar el uno: parten todas de la misma posición y cada una improvisa una coreografía que las va integrando hasta que terminen todas en un movimiento unísono. Casi nunca resulta, pero cuando llega a resultar vale por años de relación y son felices por un momento. Del arduo trabajo cotidiano de las bailarinas se desprende el único tema preparado. Hablemos del cuerpo, de su cuerpo, si es que tiene sentido para ustedes (yo en realidad no sabía si tenía sentido hablar del cuerpo así). Claro que tenía sentido, fue lo mejor: el cuerpo de las bailarinas, casi nada. Las bailarinas del BALCA parten deshaciendo las ideas preconcebidas con su presencia: una es alta y más bien maciza; la otra, chiquita, chiquita de verdad, nada de flaca; la otra entera menuda; la otra está esperando familia; la otra tiene los muslos cortos; la otra es casi sobresaliente de ahí y de acá; la otra tiene las piernas que uno espera de una bailarina. Yo les digo que si las viera en la calle, diría ahí va una bailarina (naturalmente que es mentira, lo digo para ver qué pasa). Al principio dicen que no puede ser, pero después empiezan a du-

darlo y terminan contando anécdotas y sensaciones de ellas mismas que confirman la teoría. Ellas saben que dondequiera que estén, dondequiera que tengan que mover un dedo, moverán un dedo de bailarina. En el fondo de todo esto hay algo hermoso: las bailarinas son los únicos miembros de nuestra cultura que han logrado vivir intensamente su cuerpo, cada partícula de su cuerpo. Los demás, los panzudos, los pro ciáticos, los encorvados o inmóviles, hemos establecido una diferencia nítida entre nosotros y nuestro cuerpo; lo podemos mirar, nos avergonzamos de sus faltas o sobras, lo utilizamos para el placer o aguantamos

su dolor, lo sacamos a tomar aire, lo lavamos y le damos comida; siempre sigue siendo algo ajeno a nuestra intimidad última. En cambio una verdadera bailarina ha logrado ser su cuerpo al hacerlo su primer medio de expresión. Por eso lo pueden dirigir o modelar, cuidarlo más que un boxeador. Se comprende que resulten desinhibidas y hasta desvergonzadas para las señoras que usan faja o para las niñas que llevan rellenos. Las bailarinas del BALCA, fuera de bailar y como si eso fuese poco, también pueden ayudar a los demás a aprender a ser sus cuerpos y a aceptarlos, como tienen que aceptar ser ellos mismos, digo yo.

